

Juan Antonio Díaz Durán  
Apartado número 3  
Torreón, Coah.

107

12 de julio de 1965

Sr. Antonio Acevedo Escobedo  
México, D. F.

Muy estimado amigo:

Llegó a mi poder su atenta de 5 del actual, con la que se sirve informarme de su viaje a los Estados Unidos y me aclara que a ello se debió que hasta ahora le haya dado contestación a mi anterior del mes de mayo.

Ajenas tanto a la descortesía como al vano formulismo, sus letras renovaron aquella grata impresión que recibí desde que (antes de leerla), tuve en las manos una carta suya en respuesta a mi envío de unos cuantos versos agrícolas. Créame que ni por un momento me atreví a tratar de conjeturar acerca de la decisión suya que hubiera podido caer sobre mi (eso sí), un poco excesiva carta del mes de mayo. Ahora que imagino no ser tan desconocido para usted, creo que puedo afirmarle que en cualquier tiempo y en cualquier latitud sus letras serán siempre para mí lección de prudencia, de conocimiento y de consumada forma de escribir. Así he sabido estimarlo desde que pude observar cómo sabe prodigar cordialmente los frutos de su firme experiencia literaria, sazonados con la fina musicalidad de su estilo.

Yo he pasado por muchos altibajos en esta brega de la vocación artística. A eso se debió tal vez que finalmente viniera a empeñarme ferozmente en querer descifrar esa incógnita del estilo, de la manera de ser de cada ente creador; del por qué cada hombre ha de traer su propia personalidad inconfundible e inalterable y ello ha de influir fatalmente en la conformación de la melodía, en los tonos del colorido y en los quilates del verso.

Nunca he sabido ser lo que debiera haber sido y demasiado tarde me he dado cuenta de que, por obra del ansia demoníaca de querer comprobarlo todo, desperdicié en la música, en el afán de conocimiento, en el goce de los sentidos, lo que debí haberle dedicado a la única diosa para la que tal vez nací destinado: la poesía. Hasta el deporte en sus formas más intensas ocupó largos años de mi vida, y hoy todavía, ya doblado el cabo de las tormentas, continúa vibrando mi espíritu con sólo seguir diariamente (con una pequeña maravilla de radio Zenith), las proezas de aquellos gallos beisboleros de mi edad escolar: los Gigantes de San Francisco.

Sin embargo, pienso que tantas explosiones de mi temperamento obstinado e incontenible no han sido otra cosa que el desquite de lo de siempre: la vocación contrariada, la obligada

Sr. Antonio Acevedo Escobedo

Número 2

convivencia con gentes que son de otro mundo completamente distinto. Posiblemente el error de querer armonizar las imágenes del reino interior con las realidades de un mundo mercantilizado y dogmatizado.

Si tanto dejé de escribir no fue por otra cosa que por la cerril incomprensión del medio en que me tocó vivir. Si alguna desilusión grande y temprana tuve en la vida fue la de haber descubierto que lo que yo suponía un conjunto académico era una majada de ignorantes: la redacción de un periódico, el tropel de reporteros. Y así fue como di en la costumbre de que, si la gente estulta no cultivaba el hábito de leer, yo no debía preocuparme por escribir.

Tal vez usted opine que, para enviarle unas muestras de mis pergeños acerca de la técnica de la prosa (si usted no se asusta de haber aceptado conocerlos ¡le enviaré luego las del verso!), no era necesario confesarle semejantes descarríos vitales o vitandos; pero ello es que también debo aclararle que tales cosas no las he escrito porque me considere un maestro en problemas de estética, sino --como creo que la gente debe aceptarme que lo diga--, por pura contrariedad, por pura desilusión de mí mismo y de mis más caros ensueños.

Si usted no saca algún provecho de estas cosas epistolares y periodísticas mías --como es natural suponer que le acontezca--, por lo menos creo que se divertirá y que hasta piense que yo debo tener mis buenos retazos de novela, con esto de la vida que he llevado o de lo propenso que he sido a dejarme seducir por los acontecimientos imprevistos. No sé si le parecerá creíble que un día dejé de escribir la segunda parte de un cuentecillo, por haber prometido al final que lo iba a concluir con una aventura de amor, y luego --hasta la fecha--, se me acabó el ánimo de seguir escribiendo, porque me di cuenta de que el relato por añadir era una cosa verídica mía, y parece que no me decidí a desprenderme así de tan bello recuerdo de juventud. Hasta la fecha conservo inédita la susodicha primera parte, y, a lo que parece, posiblemente ya no voy a dar con el estilo aquel que confeccioné exclusivamente para desarrollar mi intriga de tahures, hampones y mujerzuelas. Ahora pienso que de tal ambiente patibulario debe haber nacido aquella repulsión --que no pude vencer--, de situar allí a la linda moza que tuvo la generosidad de otorgarme sus fragantes besos campesinos.

Le ruego tener en cuenta que esos artículos que ahora le envío carecen de un desarrollo sistemático, porque están trazados conforme al impulso de los días en que decidí escribirlos. Ya me había sucedido ese percance de no hacer el esquema previo que se necesita cuando de asuntos técnicos o didácticos se trata. Pero ya sabe usted que es muy difícil que uno corrija sus malas tendencias.

Espero que también me perdone en esta nueva ocasión de desahogos o tristezas retrospectivas.

Su atento amigo y servidor.

